

El Bosque De Broceliande

Tomada de *Cuentos y Leyendas de la Bretaña*,



OMO Satán deseaba tener en la tierra un representante devoto de sus intereses, que le ayudara a engañar a los hombres, adquiriendo gran autoridad sobre ellos a fuerza de conocer el pasado y predecir el futuro, un día delegó en uno de sus íncubos la misión de engendrar en una virgen un niño que le fuera útil a sus proyectos.

Merlín nació de esta unión. Su madre era cristiana y muy piadosa. En cuanto nació le hizo bautizar, y el Diablo perdió así todo poder sobre el niño, el cual conservó sin embargo la mayoría de las dotes que había heredado de su padre. Se metamorfoseaba a su gusto; explicaba con gran facilidad los sueños y los acontecimientos que parecían en principio inexplicables; encantaba en el sentido necromántico a los que deseaba ver actuar a su voluntad. Daba las advertencias más sabias y los consejos más preciosos y, al ejemplo de los caballeros, defendía a los buenos de los malos, a los oprimidos de los opresores.

En esta época, las madres solteras eran quemadas vivas. Pero podían prolongar su vida el tiempo que durara la cría del niño. Así lo querían las costumbres que entonces constituían la ley.

Merlín fue destetado a los nueve meses. Su madre fue entonces requerida por el juez que debía pronunciar contra ella la sentencia. Ella se presentó con su hijo en brazos. El juez la acució a preguntas sobre las condiciones en que había sido madre. Ella no sabía qué responder, pues había sido sorprendida durante el sueño por alguien al que ella no había visto. Como el juez dudaba de su palabra e iba a condenarla, Merlín, ante la estupefacción de las personas presentes en la sala, elevó la voz y explicó

su origen. Lo hizo tan bien que el magistrado quedó convencido de la inocencia de la mujer y la liberó; esto le permitió retirarse a un monasterio, donde terminó sus días, expiando en el retiro y por la oración, una falta que ella no había en definitiva cometido.

En aquel tiempo vivía en Bretaña un rey llamado Constantino. Este rey murió dejando dos niños pequeños, Moine y Uter Pendragon. El senescal del reino, ambicioso y traidor, dio la orden de asesinar a los niños. Pero Uter Pendragon fue sustraído a su cruel estratagema, y sus partidarios le llevaron a una ciudad extranjera para educarlo.

Voltiger, pues ése era el nombre del senescal, se vio impune y subió al trono de Constantino. Pronto supo que Uter Pendragon había escapado a la muerte. Y desde ese momento vivió en la inquietud y, para defenderse en caso de que volviera, decidió construir, a las puertas de la ciudad, una torre alta y almenada. Pero la torre se derrumbó el mismo día de su construcción. Voltiger dio inmediatamente la orden de reedificarla, pero se derrumbó de nuevo.

El usurpador consultó entonces a sus astrólogos, pues suponía que los derrumbamientos eran fruto de algún maleficio. Estos, tras largas discusiones, decretaron que así sería cada vez hasta que los albañiles no añadieran a su almirez la sangre de un niño de siete años, nacido sin padre.

Los soldados de Voltiger se pusieron en camino a la busca del holocausto reclamado por los astrólogos. Encontraron a Merlín, que acababa precisamente de cumplir su séptimo año. El les dijo:

—Yo soy el que buscáis. Si me juráis no hacerme ningún mal, os explicaré por qué las torres se derrumban.

Le enviaron ante el rey. Y mostró tanta autoridad en sus palabras, que éste no se atrevió a dar la orden de ejecutarlo antes de haberlo escuchado. Y Merlín explicó:

—Bajo los cimientos de la torre viven dos dragones. Uno es rojo, el otro blanco. Cuando el peso de la torre se les hace insoportable, sienten la necesidad de cambiar la postura. En este momento los muros de la torre se derrumban.

Voltiger ordenó que excavaran el suelo. Cuando los obreros alcanzaron la base de los cimientos, encontraron dos enormes losas. Las levantaron. Y dos dragones salieron enseguida de su escondite lanzándose salvajemente el uno sobre el otro. El dragón rojo tomó la ventaja primero, pero el blanco, que parecía más joven, terminó por triunfar.

—Ahora —dijo Merlín dirigiéndose a Voltiger—, puedes construir la torre.

—Me gustaría —dijo el rey—, saber lo que significan los dos dragones.

—Te lo explicaré si me prometes no tratarme con dureza por haberte dicho la verdad.

—¡Te lo juro!

—No hay nada más simple. El dragón rojo eres tú, Voltiger. El dragón blanco es Uter Pendragon. Dentro de tres días lucharéis, tú para protegerte y él para reconquistar su reino usurpado. Pero el dragón blanco vencerá al dragón rojo.

Y los acontecimientos confirmaron los vaticinios de Merlín.

Uter Pendragon, ya rey, tuvo conocimiento de las revelaciones de Merlín. Quiso conocerle y le hizo buscar. Los hombres del rey salieron en su busca, y en el camino encontraron a un leñador al que preguntaron.

El leñador declaró:

—Merlín me ha encomendado que os diga que irá a palacio, si el rey en persona viene a buscarle.

Al conocer esto, el rey respondió:



—Parto al encuentro de Merlín.

Pronto se vio en presencia de un pastor que guardaba un rebaño de ovejas en la linde de un bosque.

—¿Conoces a Merlín? —le preguntó Uter Pendragon.

—Yo soy Merlín —respondió el pastor.

Los compañeros del rey comenzaron a reír a carcajadas. Pero pronto cesaron cuando constataron que el pastor ya no estaba allí, y en su lugar se encontraba el niño que había revelado a Voltiger las misteriosas causas del derrumbamiento de la torre.

Así se conoció en Bretaña que Merlín poseía el poder de tomar la "apariencia" que quisiera.

El rey, como reconocimiento a Merlín le propuso que fuera a su corte, donde se le rendirían todos los honores debidos a su mérito. Pero Merlín era sabio, y sabía que algunos caballeros del rey no gozarían con su presencia. Agradeció la cortesía, pero rechazó el ofrecimiento. Prometió sin embargo a Uter Pendragon velar y ayudarle en todo aquello que emprendiera. Poco tiempo después de este encuentro, el nuevo rey de Bretaña, gracias a Merlín, tuvo grandes e importantes victorias sobre los Sains, pueblo muy violento.

Uter Pendragon decidió reunir a la corte en su castillo de Carduel, en el país de Gales. Todos los caballeros se dirigieron hacia allí en compañía de damas y damitas. El rey, en medio de tantas bellezas, distinguió a la bella Ygerne, esposa del duque Hoël de Tintagel. Pero el rey se enamoró locamente. Ygerne era fiel y virtuosa, y aparentó acoger con tanta indiferencia como respeto las declaraciones de su soberano. Uter Pendragon sintió una profunda tristeza, y durante un largo año sufrió del mal de amor. Habría muerto si Merlín no hubiera ido en su ayuda.

Confió al Encantador su pena, y éste le hizo frotar su cara con una hierba que él había recogido en el borde del río para la ocasión; pronto el rey tuvo los rasgos del duque de Hoël, y aquella noche Ygerne, engañada por las apariencias, acogió en su lecho a Uter, pensando que volvía a ver a su esposo.

Al final de la semana, Ygerne conoció que su marido había muerto en combate, la misma noche que ella le había creído de vuelta. Y experimentó un gran dolor por haberle engañado.

Uter Pendragon, que todavía amaba a Ygerne, pidió su mano. Pero ella no se atrevió a aceptar. Merlín la convenció. Como era honesta, quiso que el rey supiera que pronto sería madre.

—Bella amiga —le dijo el rey sonriendo—. No digas nada a nadie de esto. Cuando el niño nazca, le confiaremos discretamente a alguien para que lo eduque.

Merlín se llevó al recién nacido, y encargó al caballero Antor que le bautizara y educara con su hijo Keu que había llegado al mundo unos días antes.

El caballero Antor cumplió fielmente su misión, y el hijo de Ygerne recibió el nombre de Arturo.

Pasaron los años y Uter Pendragon murió de muerte natural. Arturo fue proclamado rey de Bretaña y eligió a Keu, su hermano de infancia, para el puesto de senescal.

Once señores, de entre los más poderosos, no quisieron al principio reconocer como soberano a un bastardo. Se unieron y pusieron cerco al castillo de Arturo. Merlín, desde lo

alto de una torre, lanzó sobre el campamento tales encantamientos que todas las tiendas ardieron. Aprovechando el desconcierto originado por el incendio, Arturo y los caballeros que se le habían mantenido fieles salieron. Se produjo un violento combate que duró varias horas. Y no tocó a su fin hasta que el nuevo rey desenvainó su espada: Escalibur, haciendo trizas la armada agresora que, con todos sus jefes, comenzó a huir.

Cuando en el reino fue asegurada la paz, por los consejos de Merlín, Arturo, con cuarenta hombres valientes entre los que se encontraban el rey Ban de Benoïc y su hermano Bohor, fue a ponerse al servicio del rey de Carmelide, Léodagan, con la intención de ayudarlo a combatir a los enemigos que le acosaban. La única condición impuesta era que el rey socorrido no debía conocer el nombre de sus aliados.

Léodagan organizó para Arturo y sus compañeros un solícito recibimiento. Su hija Guenièvre, la más hermosa mujer que había entonces en Bretaña, les llevó agua fresca en un recipiente de plata y, con sus manos les lavó la cara y el cuello que tenían cubiertos de polvo.

Arturo y Guenièvre se miraron con ternura. Y el amor más ardiente comenzó a latir simultáneamente en sus corazones.

Después de haber puesto a Arturo en presencia de la que sería su amada, Merlín partió a Armorique.

Se extendía en aquellos tiempos, por el corazón de la península, un bosque¹ inmenso que cubría toda la zona comprendida hoy entre Fougères y Quintin en la parte septentrional; Corlay y Camors en poniente; Faouët y Redon en el sur. Medía cerca de treinta leguas de largo y más de veinte de ancho. El dueño de este vasto dominio era un horrible gigante negro que no tenía más que un pie y un ojo. Los animales, las plantas y los elementos le obedecían. Con un gesto, a su voluntad, una profunda oscuridad inundaba los claros; los árboles ardían; horribles aullidos se elevaban de todas partes; aparecían monstruos surgidos de cavernas insondables; serpientes repugnantes se enroscaban en los troncos de fuego.

Cualquiera que se aventurara en esta misteriosa inmensidad podía ver a los árboles ponerse en movimiento, acercarse unos a otros para cerrarle el paso y mantenerlo eternamente cautivo en el recinto del *Val sans Retour*².

Había también en este bosque numerosos estanques: unos de aguas estancadas y sombrías que reflejaban el espeso verdor que ensombrecía sus fondos. Otros cubiertos de hierbas acuáticas y de musgo, destinados a engañar los pasos de los que creyeran caminar sobre tierra firme. Un manantial, *la Fontaine de Baranton*, corría cerca de una roca. Los duendes y las hadas iban allí a mirarse y bañarse. Bastaba con verter algunas gotas de agua sobre su brocal, para que inmediatamente se desencadenaran espantosas tormentas.

Este bosque, que se llamaba Brocéliande, en virtud de los bardos y trovadoras que allí se celebraron, ha servido de cuadro a las más famosas narraciones de caballería y del ciclo bretón.

Merlín fue a Brocéliande; bajo la apariencia de un alegre mozalbete avanzaba por los numerosos y pérfidos senderos. Y llegó a la *Fontaine de Baranton*, donde encontró a una jovencita de la que admiró enormemente su belleza. Y la saludó, aunque sin dirigirle la palabra, pues temía, perder si le hablaba toda libertad de espíritu y corazón.

Sabía en efecto que ella se llamaba Viviana, que era la hija de un vasallo, ahijado de la diosa Diana, que estaba resignado para amarla y para ser amado por ella y que le estaría sometido por siempre y en todas las cosas, desde el momento en que la viera y se hubiera entretenido con ella.

¹

La Forêt de Brocéliande. (N. T.)

² Valle sin retorno. (N. T.)

Fue ella la que le habló primero. Le preguntó quién era, de dónde venía y a dónde iba.

Merlín respondió a Viviana que, si ella quería prometerle su amor sin más, le enseñaría algunos de los juegos a los que tenía costumbre de entregarse.

Viviana prometió al Encantador una amistad que sabría siempre conservar fuerte y pura. Entonces él hizo surgir, ante ella, un suntuoso castillo, precedido de un vasto césped que rodeaba un vergel con árboles cargados de frutas maduras y sobre el cual numerosas parejas de damas y señores bailaban al son de una música exquisitamente melodiosa. Cuando la danza terminó, las parejas desaparecieron en el bosque. El castillo desapareció enseguida. Sólo, por petición de Viviana, el vergel permaneció.

Viviana como todas las jóvenes era curiosa. Rogó a Merlín que le enseñara el secreto de sus juegos. Merlín consintió, con la condición de que ella se entregara también a sus juegos.

—Lo haré si me enseñas todo lo que quiero saber.

Le enseñó a hacer correr un riachuelo por cualquier lugar que quisiera, a caminar sobre un estanque sin mojarse los pies...



Cuando la hubo satisfecho, pidió permiso para marcharse, no sin antes prometer que volvería pronto.

A su vuelta Merlín fue acogido con alegría en la corte de Léodagan, donde le esperaban Arturo y sus compañeros. El rey de Carmelide no sabía todavía quiénes eran los caballeros que, tan amistosa y valientemente, habían acudido a su servicio y vencido a sus enemigos, a pesar de que él les rogó varias veces que dijeran sus nombres

y sus dotes.

Repitió sus preguntas ante Merlín, y éste le respondió señalando a Arturo:

—Por muy poderoso que seáis, él es todavía más poderoso. Recorremos todo el mundo con la esperanza de encontrar una mujer que sea digna de sus méritos.

—¿No tengo aquí a mi hija Guenièvre, la mujer más bella y más buena que existe?

—No será rechazada, si complace a Dios.

Léodagan tomó la mano de Guenièvre y, aunque todavía no conocía sus títulos, la colocó sobre la mano de Arturo.

Merlín, retomando la palabra, declaró al rey que el yerno que acababa libremente de elegir no era otro que Arturo, rey de los Bretones.

Se hicieron las bodas. Cuando hubieron terminado, Arturo anunció que se veía en la obligación de alejarse por algún tiempo, pues le quedaban todavía enemigos a los que vencer.

Léodagan y Guenièvre se despidieron.

Arturo y sus compañeros ganaron el Valle Périlleux. El rey de Bretaña descubrió allí, siempre con la mediación de Merlín, quince espadas maravillosas. Esa misma noche vio venir hacia él, a catorce caballeros, que conducía Gauvin, hijo del rey de Orcania.

Entonces, ante el rey, los señores y los caballeros reunidos, Merlín contó la historia del Santo Grial; habló de la copa de oro en la que José de Arimatea había recogido la sangre de Jesucristo, cuando, después de muerto, fue bajado de la cruz. Expuso cómo, desde Judea, José de Arimatea había transportado el Grial a los Bretones que habitaban el país de Gales y Escocia para, finalmente, depositarlo en el castillo de Corbanic, custodiado por el más joven de sus hermanos, fundador de la dinastía de los Reyes Pescadores, de la que el último descendiente, Pellehan-Pellés, tendría una hija que engendraría a su vez a aquél que conocería la verdad del Santo Grial y consumaría los tiempos venturosos.

Este relato fue escuchado con tanta atención como respeto. Merlín, finalmente, se dirigió en particular a Arturo: le dijo que le correspondía ahora dirigir la mesa del Grial en memoria de la Santa Trinidad y que, de esta mesa vendría un gran honor, pues sucedería muchas maravillas.

—La mesa será erigida en el castillo de Carduel, en Gales —respondió Arturo—, y, el día de Navidad, elegiré a los caballeros que tendrán el derecho de sentarse a ella.

Orgulloso de esta promesa, Merlín volvió a Brocéliande, al lado de Viviana. Ambos se mostraron muy contentos de volverse a ver, pero ella, enseguida, le pidió que le enseñara nuevos juegos: por ejemplo, el poder dormir a un hombre a su gusto.

—¿Y por qué quieres saber una cosa semejante? —preguntó Merlín.

—Para poder dormir a mi padre y a mi madre cuando vengas a verme.

Merlín no se había dejado engañar por la astucia de Viviana. Al principio se negó a revelar su secreto. Pero ella no pareció entristecerse por ello. Sabía que conseguiría lo que quería. El último día, él cedió. Le dio tres palabras que ella tomó por escrito "que tenían la virtud de que ningún hombre la podría poseer carnalmente cuando las llevara sobre ella".

Arturo al poco tiempo obtuvo el respeto de todos sus vasallos. Y como no existía ningún motivo para dudar de ellos les entregó sus feudos y se casó con Guenièvre.

Cuando la reina apareció el día de las bodas, produjo una turbación general. Estaba maravillosamente hermosa. Los vestidos más suntuosos que nunca se hayan

visto cubrían su cuerpo. Las fiestas duraron toda una semana. Se escuchó a los mejores trovadores del país. Los jóvenes bailaron en las salas de palacio, decoradas con flores y telas de seda.

Al noveno día, Arturo pidió a sus caballeros que se prepararan para la partida, pues, en compañía de la reina, deseaba llegar a su castillo, cuanto antes.

Los reyes de Ban, de Benoïc y Bohor, que no habían abandonado a su soberano desde la lucha contra los infieles, obtuvieron su permiso para regresar a sus dominios. Partieron acompañados de Merlín.

Hubo gran alegría en el reino cuando llegaron. Esa misma noche, la reina Helena dio un hijo al rey Ban, que tuvo por nombre Lancelot, y la mujer del rey Bohor, concibió también esa noche un hijo que, al nacer llevaba sobre su pecho la imagen de un león coronado, por lo que fue bautizado con el nombre de Lionel.

Abandonando a los reyes Ban y Bohor, Merlín se dirigió, por tercera vez a Brocéliande. Viviana regaló a su amigo con una acogida tan calurosa que él sintió crecer todavía más su amor por ella. Viviana conocía ya la mayoría de sus secretos. Pero sabía que nunca le concedería del todo lo que reclamaba.

El hizo surgir para complacerla, en el lugar del lago por cuyo borde caminaban, un castillo más maravilloso todavía que el primero que había levantado para ella.

—Esta es tu morada —le dijo Merlín—. Jamás podrá verla nadie que no sea de tu casa, pues es invisible para cualquier otra persona; a los ojos de todos no hay más que agua. Y si, por envidia o engaño, alguno de los tuyos revela el secreto, enseguida el castillo desaparecerá y el traidor se ahogará creyendo entrar en él.

Viviana no ocultó su alegría. Era mujer y sabía mostrarse impunemente exigente. Le pidió a su amigo que le enseñara algunos de sus otros encantamientos.

—Buen señor, murmuró, hay todavía una cosa que quiero saber: cómo podría aprisionar a un hombre sin torres, sin muros y sin espadas, de manera que jamás pudiera escapar sin mi consentimiento.

Merlín que adivinó su pensamiento le respondió:

—Veo bien lo que quieres. Tu intención es retenerme aquí, pero te amo tanto que no haré si no obedecerte.

—Ya que me amas tanto como yo te amo, ¿no deberías hacer mi voluntad y yo la tuya?

—La próxima vez que venga a veros, os enseñaré lo que deseáis...

Y Merlín tuvo que forzarse a volver con Arturo y sus compañeros.

El día de Navidad que siguió a estos acontecimientos, tuvo lugar un gran festín en el castillo de Carduel. Cuando la comida terminaba, Merlín, con el permiso del Rey, habló en estos términos:

—Señores, les recuerdo que el muy santo Grial, donde José de Arimatea recogió la sangre divina, ha sido transportado a la Bretaña azul. Será encontrado por el mejor caballero de este mundo. Está también escrito que nuestro rey Arturo debe establecer aquí mismo la mesa que será la tercera después de la de la Cena y la del Grial. Esta mesa será redonda, para significar que ninguno de los que allí se sienten gozarán de ninguna prelación. A la derecha del rey habrá siempre una silla libre en memoria de nuestro señor Jesucristo. El que se atreva a ocuparla, sin haber sido elegido, será tragado por la tierra porque está reservada al Caballero que, habiendo conquistado el Santo Grial, conocerá el Juicio y la Razón.

—Que así sea —declaró Arturo.

Apenas fueron dichas estas palabras apareció, en el medio de la sala, una inmensa

mesa redonda, alrededor de la cual había ciento cincuenta asientos de madera. Sobre muchos estaba escrito en letras de oro: "Aquí debe sentarse el caballero tal". Sobre el sillón situado a la derecha del rey, no se leía ningún nombre.

Arturo hizo entonces llevar y colocar en medio de la mesa las mejores reliquias que se pudieran encontrar. Gauvain pronunció, en nombre de todos, este solemne juramento: "Que jamás dama, doncella o varón que venga a solicitar nuestra ayuda se vaya sin obtenerla; y si cualquiera de los compañeros presentes desapareciera en el curso de una empresa, los otros, uno a uno, lo buscarán sin descanso, durante por lo menos un año y un día."

Todos los caballeros juraron sobre todos los santos mantener el juramento expresado por Gauvain. La reina pidió que los cuatro clérigos se quedaran allí y consignaran por escrito las aventuras de los caballeros. Y así fue decidido.

Por cuarta vez Merlín abandonó la corte del rey Arturo y durante largo tiempo no se escuchó hablar de él.

Había vuelto a Brocéliande al lado de Viviana y, cediendo a su ruego, le había confiado los medios para hacerle prisionero de amor para siempre.

Merlín había sido ordenado caballero por Arturo antes de su salida de Carduel. Gauvain resolvió pues, conforme al juramento, ponerse en busca del Encantador pues éste no volvía. Salió decidido a recorrer el mundo y encontrarlo.

Un día que atravesaba un bosque, encontró a una doncella que cabalgaba montada sobre un magnífico palafrén. Perdido en sus ensoñaciones, pasó a su lado sin saludarla. Para un caballero esto era una falta grave. La doncella le reprochó su falta de cortesía y le dijo que, en represalia, se parecería al primer hombre con el que se cruzara.



Gauvain continuó su camino, sin prestar demasiada atención a sus palabras. De

pronto se encontró frente a un enano. Lo saludó y prosiguió su camino. A medida que avanzaba, sintió cómo sus brazos y sus piernas disminuían y su cuerpo tomaba el tamaño de un niño. Comprendió entonces que por la maldición de la doncella, se había convertido en un enano. A pesar de su desgracia no quiso abandonar la misión que llevaba encomendada y se introdujo en el bosque de Brocéliande.



Cuando estaba llegando a la *Fontaine de Baranton*, escuchó que le llamaban por su nombre y reconoció la voz de Merlín.

—¿Dónde estabas? —preguntó Gauvain al Encantador—. ¿No puedes mostrarte, tú el más sabio de los hombres?

—Di el más loco, pues ya sabía lo que me sucedería si volvía aquí, y he vuelto.

Y contó cómo, durante su sueño, Viviana lo había encerrado para retenerlo para siempre, e impedirle, a menos que ella se lo permitiera algún día, volver junto al rey.

Gauvain, entristecido, se puso en camino hacia Carduel, con la idea de volver allí dentro de un año. Atravesando de nuevo el bosque se encontró con la dama que le había encantado. Había sido capturada por dos caballeros traidores que querían hacerle mal. Gauvain arremetió contra ellos, a pesar de su pequeño tamaño, en comparación al de sus adversarios que eran grandes y fuertes, y les derrotó. La dama se mostró agradecida y, como él le prometiera ser siempre su fiel caballero, ella deshizo el encanto y él recuperó su aspecto normal.

Gauvain llegó a la corte el día previsto. Ante el rey Arturo y la reina Guenièvre hizo el relato de su largo viaje, relato que los clérigos dejaron inmediatamente por escrito.

El poder y la gloria de Arturo habían alcanzado su apogeo. Sin embargo, para conservarlos, el rey de Bretaña se veía obligado a luchar continuamente contra sus irascibles enemigos, los Sajones, los Pictos y los Escoceses. Vencía fácilmente, pues de nuevo caballeros valientes y devotos, habían venido a tomar asiento alrededor de la Tabla Redonda, donde el lugar reservado al que tendría el honor de reconquistar el Santo Grial permanecía todavía vacío.

De este modo Arturo combatía entre la isla de Bretaña y Armorique. Liberó Tombelaine y el Monte Saint-Michel de un gigante que les aterrorizaba. Dio muerte, con la ayuda de San Eflam, al dragón de la *Lieve de Grève*³.

³ Que se extiende entre Saint-Michel-en-Grève y Plestin (N. T.).

Mientras ejecutaba todas estas hazañas, residía sucesivamente en su campamento, cerca de Huel-goat, en su castillo de Kherduel, edificado con los mismos planos que el de Carduel, cuyas murallas se reflejaban en el agua del estanque que se ve todavía en Pleumeur-Bodou, en el camino de Ile-Grande e Ile-de Aval. Arturo estuvo también en el castillo de la Gozosa Guardia, que era entonces la residencia de Lancelot, el cual, después de haber vencido a los cuarenta gigantes que lo habitaban, había hecho de él un lugar delicioso.

Lancelot, hijo del rey Ban de Benoïc y de la reina Elena, había sido bautizado, en el momento de su nacimiento, con el nombre de Galahad. Sus padres habían tenido que huir, porque Claudas, rey de la Tierra Desierta, se había apoderado de su castillo, por la tradición del senescal Banin. Viviana había recogido a Galahad. Lo había educado en un pequeño lugar al fondo del lago de Diana y había exigido que tomara el nombre de Lancelot.

Lancelot, por su madre, descendía directamente de Palles, hermano de José de Arimatea y último de los ricos Reyes Pescadores. Así pues, siguiendo la tradición, él debería reconquistar el Santo Grial. Y así fue.

Compañero de Gauvain, hermano de armas de sus primos Lionel y Bohor, y también de Perceval, Lancelot era, como este último, ardiente y fuerte, de una gran belleza y de carácter generoso y noble.

A la edad de dieciséis años, abandonó, a pesar de sus súplicas, a la Dama del Lago a quien debía todo y se presentó en la corte. Arturo y Guenièvre lo acogieron con amistad y la segunda no tardó en testimoniarle un tierno cariño que él le devolvió.

Arturo había envejecido y ya algunos cortesanos deseaban que desapareciera. Esperaban, en su fuero interno, sucederle. Sin embargo los acontecimientos no giraban ni tan rápido, ni según sus deseos. Los servidores traidores no dudaron pues en sellar una alianza con los peores enemigos de su soberano y en particular con el rey "del País del que Nunca se Vuelve". Suponiendo que las dificultades exteriores no bastarían para vencer a Arturo, intentaron enturbiar su espíritu y su corazón. Le hicieron creer que el



cariño de Guenievre hacia Lancelot era un amor culpable. Arturo no quiso escuchar esta calumnia. Los ambiciosos enemigos pusieron entonces a la reina en una emboscada. El rey "del País del que Nunca se Vuelve" la sorprendió y la llevó cautiva.

El viejo rey, desesperado, llamó a los caballeros que le habían sido fieles. Gauvain, Perceval y Lancelot partieron en busca de la reina, decididos a morir o a rescatarla. Los traidores les atacaron y dispersaron, de modo que cada uno de ellos, después de haberse desembarazado de sus adversarios, se volvió a encontrar solo en el camino. Lancelot mantuvo duros combates: su valor y su paciencia no tenían fin. Al cabo descubrió el castillo en el que estaba prisionera la reina y la liberó.

La vuelta de la reina y el triunfo de Lancelot constituyeron el fracaso de los traidores. Desde aquel momento se volvieron más audaces: no tenían más idea que provocar un escándalo que, recayendo sobre Guenievre, entristeciera al rey y perdiera al "Caballero Blanco".

El amor entre Guenievre y Lancelot había crecido. Aunque permaneciera puro, a los ojos del mundo parecía culpable. El mismo rey, cediendo a las instancias de los que no paraban de llamar su atención sobre la pretendida traición de la reina y del caballero, se resolvió un día a sorprenderles. La corte estaba reunida y Arturo iba a pronunciar sentencia, cuando vio llegar a Merlín acompañado de Viviana. El Encantador desenmascaró a los delatores y convenció al rey de la inocencia de los acusados.

Los negros proyectos de los caballeros traidores se desmoronaron una vez más. Estos, sin embargo, no se consideraron todavía vencidos. Retomaron la lucha en un terreno más vasto. Pusieron a su cabeza a Medraud, el propio sobrino del rey, y declararon una guerra abierta. El enemigo inundaba los campos de batalla. El odio y la envidia provocaron que tendieran la mano a los Noruegos, los Normandos y los Daneses. Las naves se multiplicaban por las costas; los soldados expandían el terror por las ciudades y los pueblos.

Arturo, a pesar de su edad, aceptó el desafío y pasó a Armorique. Tuvo lugar un gran combate en la Ile-de Aval, ante la Ile-Grande, cuyos acantilados de granito blanco dominan la costa entre Trébuerden y Trégastel, a alguna distancia de Kerdhuel. Arturo, gravemente herido, habría sido hecho prisionero si los suyos no lo hubieran cogido. Y hubiera sido muerto sin duda, si el Hada Morgana no hubiera curado sus heridas.

Cuando recobró las fuerzas, Arturo manifestó la intención de abandonar la Ile-de Aval y de tornar a la cabeza de sus caballeros. Pero tuvo que permanecer prisionero de la que le había curado, que hacía que nueve de sus hadas le vigilaran continuamente. Sufría mucho en esta situación, contra la cual su carácter se revolvía. Rogó a Merlín que le indicara los medios para reducir a la nada los efectos del encantamiento que sufría. El amigo de Viviana fue enseguida a la Ile-de Aval y, en lugar de ayudarle le recomendó paciencia y resignación.

—Devuélveme mi juventud y mi reino —suplicó el rey de Bretaña.

—Ya no tengo poder —respondió Merlín.

—¿Ya no eres el Encantador?

—Ya no soy más que un hombre. He abdicado de toda mi ciencia por el corazón de mi amiga. A cambio ella me ha dado toda su ternura. Haz como yo: despréndete de la grandeza y del amor humano. Tu trono era efímero. Conquista, tu puedes, un trono eterno y así serás inmortal en el espíritu de los hombres.

El rey comprendió toda la sabiduría de las palabras de Merlín. Renunció a su corona para que fuera ceñida sobre la frente de Gauvain; a la conquista del Santo Grial, que fue obra del hijo de Lancelot, el cual fue llamado con el primer nombre de su

padre: Galahad; a Guenièvre, la esposa de la que había injustamente sospechado.

Y es así como Arturo reposa en la Ile-de Aval, esperando el día que suene la hora en que Bretaña tenga necesidad de él.

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>